

PRECIO DE SUSCRICION.
EN MADRID.
 Por un mes. 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por seis id. 21 »
 Por un año. 40 »
 Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.
 La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al **DIRECTOR DE GIL BLAS.**

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA EPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.
EN PROVINCIAS.
 Por tres meses, en la Administracion. 15 reales.
 Por seis id. 28 »
 Un año id. 50 »
ESTRANJERO, tres meses. 30 »
ULTRAMAR, un año. 6 pesos.
 La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionad costará un real más en Madrid y dos en provincias.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

Señor Director:

La que tiene el gusto de dirigir á Vd. la palabra, no es ninguna cosa del otro mundo;—es simplemente la Exposicion de pinturas, que ofrece á Vd. su casa, cerca de Chamberí, á la izquierda del paseo de la Fuente Castellana.

Mi falta de experiencia en este mundo—figúrese usted que soy una criaturita que acabo de nacer—me tiene tan á oscuras de lo que se piensa y dice de mí por esos *andurriales*, que deseo por medio de su periódico poner á todos al corriente de mi persona, para evitar dudas y charlas inconvenientes.

Dicen que soy hija del arte, lo cual seria una verdad, si alguno de los autores de mis dias, no se empeñase en contradecirlo.

Cada dos años nace una de mi familia, y la última, que vivió en la calle de Alcalá, acabó su mision dignamente, viniéndose abajo

Con escándalo gordo, estrago y ruina.

Grande será mi fortuna si no acabo de la misma manera, pues los hados funestos se han juntado en mi nacimiento y acumulado contra mi todos los reveses de la atmósfera.

Soy víctima de una crueldad sin ejemplo, porque, como dijo un autor, si el mayor delito es nacer, ¿qué delito no será el nacer desamparada y expuesta á los cuatro ó á los quince vientos que se dirigen á Madrid todos los dias en tren directo?

Comprendo que yo no soy como esas elegantes señoras que en cualquier parte viven bien, con tal de tener el tocador bien surtido.

Yo necesito luz, mucha luz, y esta es mi mayor desgracia, porque no pudiendo encontrar dentro de la capital una casa de huéspedes á propósito para lo que requieren mis circunstancias, me he visto obligada á echar el cuerpo fuera, como Vd. y el curioso lector están observando.

La necesidad de buscar luz me ha traído á vivir á oscuras, cuando el tiempo se ha empeñado en hacerme la guerra. El tiempo es el vecino más molesto que conozco.

Ya tengo luz—decía yo el otro dia, disponiéndome á enviar mi tarjeta de instalacion á los madrileños;—ya tengo luz para que vean los cuadros que voy á exponer al público, y aunque es cierto que los tamaños pudieran escusar la luz, siempre es bueno no dar pretexto á las quejas de sus autores.

Al decir esto ¡cataplun!

Como si alguien, allá en la esfera donde los pintores nos representan á los génius, se hubiera encargado de contradecirme, empezó á caer agua... agua... y luego nieve... nieve... y otra vez agua... agua.

Para secarme los pañales habia dispuesto el Sr. Jareño una infinidad de braseros, que, segun he oido, cada uno ha costado diez duros; despues se han convencido que los braseros no bastan y se han comprado estufas. Adios mi dinero.

La humedad me penetra, señor director, y no sé qué va á ser de mí si cada uno de los artistas me pide cuentas de los desperfectos de sus cuadros. Será un cuadro digno de ver.

Pero seamos justos. Hasta aquí, todas las cosas que me suceden son hijas del temporal y del Sr. Jareño—y á sufrirlas venimos preparados, Vds. por experiencia, y yo por los sanos consejos de mis antecesores.

Pero lo grande no es esto. ¡Ah, no! Lo grande va Vd. á saberlo, para escarmiento de pícaros.

La otra noche, cuando caía la lluvia con más furor, oí una carcajada que me dejó mortal.

—¿Quién será el insolente que se ríe con tanto descaro? dije, tendiendo la vista en derredor.

Pero, ¡ay amigo mio! la carcajada habia salido de los labios de la Casa de la Moneda, que me miraba con cierta ironía que no me hacia maldita la gracia.

—¿De qué se ríe Vd., vecina? la pregunté.

—¿De quién me he de reír? De Vd., que cree poseer los tesoros más puros del corazón del artista.

—Y con razon. A mí vienen todos en alas de la fama y con ansia de gloria. Yo les ofrezco mi protección y los presento al público.

—¡Ah, infeliz! ¿Y con eso cree Vd. que quedarán satisfechos?

—La gloria es lo único que satisface el amor del artista.

—¿La gloria solo? Buenas y gordas nos las dé Dios.

Entonces, ¿qué soy yo en el mundo?

—Vd. es el dinero.

—Pues venga Vd. acá, carita de Pascua, ¿no ve usted que yo pago en dinero contante un premio á esa gloria?

—Esa es una recompensa de segundo orden.

—Pues en esa recompensa meditan ellos tambien cuando trabajan, y si Vd. quiere hacer la prueba, quite el premio en metálico, y verá cómo el entusiasmo se amortigua. He dicho; con que abur, y memorias á los niños.

Estas fueron sus últimas palabras.

Yo no he querido darlas crédito, porque sabido es que todos los artistas trabajan para la gloria.

Si el talento, la perseverancia y la abnegacion empleados en esos notables cuadros, se hubieran empleado en hacer dinero, otro seria el camino de estos jóvenes entusiastas, y quizá con más certeza alcanzarían un porvenir más tranquilo y seguro dedicados á otros trabajos.

El dinero está en lucha abierta con el arte, y hasta la Casa de la Moneda se las quiere echar de persona conmigo.

¡Non raggionar di lor, ma guarda é pasa!

Soy de Vd. con la más artística consideracion,

LA EXPOSICION DE PINTURAS.

Luis Rivera.

TEATROS.

PRINCIPE: *La última batalla*, comedia en tres actos, en verso, de D. Eduardo Zamora y Caballero.—*El que nace para ochavo*, juguete en un acto y en verso, de D. Pelayo del Castillo.—**CIRCO:** *El hogar sin jefe*, comedia en tres actos y en verso, de D. Emilio Mozo de Rosales.

No con la pluma de oro de mi querido amigo y compañero Balart, á quien hoy sustituyo incidentalmente,

por desgracia mia y de mis lectores; pero tampoco con la pluma de ganso con que escribir suelen los revisteros del *Diario de teatros* y de *El Espíritu Nacional*, *verbi gratia*, voy á acometer la delicada empresa de juzgar las últimas producciones que nos han ofrecido los teatros, y que, de seguro, no enriquecerán á las empresas, ni siquiera á la literatura.

Titúlase la primera de ellas *La última batalla*, y si efectivamente fuera la última que su autor ha de dar sobre la escena, no quedaria acreditado de gran táctico.

Inocente y sencilla en el fondo; descuidada, y á veces vulgar en la forma, la obra del Sr. Zamora y Caballero es una de tantas comedias como pasan sin dejar la menor huella en el ánimo del público, despues de haberle entretenido un breve rato, ni más ni menos que la lectura de un artículo de costumbres, ó la contemplacion de un album de fotografías. Aparte de esto, el autor demuestra en repetidas ocasiones sus cualidades de poeta, y los tipos de la jóven sensible y del general entremetido, aunque no son nuevos, están bastante bien presentados.

Pobre tambien de asunto, pero rica de caracteres y chispeante de gracia, la pieza del Sr. Castillo titulada *El que nace para ochavo*, hizo las delicias del público, medianamente satisfecho de la comedia, y más que medianamente aburrido del baile que la sucedió. No es la primera vez que el Sr. Castillo se hace aplaudir en obras de este género; no es tampoco la primera que sus chistes y sus ingeniosas escenas han servido para adornar producciones de otros, á cambio de modestos suministros de comestibles; pero tambien es cierto que, bien por las condiciones de su carácter, bien por las circunstancias especiales en que trabaja, las obras del Sr. Castillo son ricas envolturas de seda, bajo las cuales se dibujan grotescas figuras, cuando no estraños embriones.

Su principal talento, el que todos le reconocen, el que muchos le envidian, y del que algunos se aprovechan, es el de dialogar con una soltura y correccion admirables, cualidades que resaltan en su último juguete, donde hay rasgos tan felices como este, que hemos oido solo una vez, y que se ha grabado en nuestra memoria. Téngase presente que el que habla es un poeta tronado, y miserable, vestido casi de harapos, y que se llama Tadeo, como pudiera llamarse Castillo.

Homero pidió limosna;

el ilustre genovés,

el gran Colon, mendigando

por toda la Europa fué;

Cervantes pasó en su patria

más trabajos que en Argel;

que los tres tuvieron hambre

es indudable; pues bien:

yo, sin valer la mitad,

tengo el hambre de los tres.

El dia que el autor de *El que nace para ochavo* escriba por algo más que el miserable amor á la chuleta; el dia que ordene un poco las poderosas facultades de su imaginacion y ajuste su vida á las exigencias de la sociedad, que hoy desconoce, aquel dia no dudamos que las letras tendrán en él un adepto que las honre, y el teatro un escritor que lo engrandezca... pero, ¡esperanza inútil! El dia que el Sr. Castillo haga todo eso se considerará desgraciado, y hoy no se cree más que escéntrico.

Otra comedia se ha estrenado en el Circo, cuya compañía se ha reforzado últimamente con María Rodriguez y Ricardo Morales. Se titula *El hogar sin jefe*, y es original del Sr. Mozo de Rosales. Lo único que de ella sabemos, y eso no de positivo, pues lo asegura *La Corres-*

pondencia, es que ha alcanzado un éxito lisonjero, y que el autor ha sido llamado dos veces á la escena. Si da tiempo para que la veamos, y si el tiempo nos permite verla, diremos hasta qué punto ha sido el periódico noticiero fiel intérprete de la opinión.

Entre tanto, lamentémonos de la pasmosa fecundidad de que hacen alarde muchos de nuestros escritores, que pronto podrán decir de sus comedias lo que decía de las suyas un poeta antiguo:

Ciento corrieron fortuna
en España á todo trance,
donde la mosquetería
es milicia formidable.

Y con esto no canso más, deseando, para bien de ustedes, que el nombre que aparezca en lo sucesivo al pie de esta sección no sea el de su servidor,

Manuel del Palacio.

DOS ASPECTOS DE LA VIDA.

Meditaciones sándias de un aspirante á publicista.

ASPECTO PRIMERO.

¡Cuán hermosa es la vida! A nuestros ojos,—
el ameno jardín, el manso río,
la fresca rosa de matices rojos,
el tormentoso mar, el bosque umbrío...
Si escuchamos,—las dulces armonías
del lindo ruiseñor que canta amores
allá en su nido de pintadas flores,
las de suave aroma,
el arrullo feliz de la paloma.
Y en nuestro corazón, fuente más pura
de celestial ventura
el amor, la amistad (que siente el niño),
el maternal cariño...
sí, vivir es gozar, ser venturoso;
vivir es caminar de gozo henchido
por un verjel de rosas sin espinas,
adorar de mujeres peregrinas
la frente virginal, los ojos bellos,
besar ávidamente sus cabellos,
ser amado y amar, y en la memoria
llevar grabados por buril divino
mil ensueños de gloria
y una noble misión, y algun destino.

LA SEÑORA DEL 13. (1)

(Continuación.)

—¿A pesar de lo que se diga?
—Sí.
—¡Pues adelante! Dios dirá; cuenta conmigo.
Aristides dirigió los gemelos al marido.
Lo que pasaba entre aquellas tres personas comenzaba á ser observado por una parte del público.
A los diez minutos, el supuesto marido tendió su mano á la desconocida y se despidió de ella con una amable sonrisa. Ella le contestó del mismo modo y volvió á mirar hácia donde Aristides estaba.
—¡Ahhhh! hicieron á un tiempo los dos amigos. ¡Era un conocido!
—Respiremos, exclamó Aristides. Me temía una catástrofe.
Y las miradas de una y otra parte continuaron.
Se acabó el segundo acto.

VII.

¿Quién es esa mujer?

Aristides devolvió los gemelos al espectador raro.
Este se levantó y salió de la sala, arreglando su descompuesto sombrero.
Juanito le vió salir y pensó:
—Ese me enseña el camino.
Y salió detrás.
Pero se llevó un solemne chasco. Cuando se encontraron en el salón de descanso, el espectador ni le miró siquiera.
—Pues señor, este hombre es tonto, dijo Juan, y volvió á las butacas.

(1) Véanse los números desde el 27, correspondientes al día 3 de enero.

y luego reposar, viendo con calma
cuál de su cárcel se desprende el alma.

ASPECTO SEGUNDO.

¡Cuán hermosa es la vida! A nuestros ojos,—
la parda nube, el sapo repugnante,
la niebla densa, la laguna insana,
el inmundito reptil y el elefante.
Si escuchamos,—las tiernas melodías
del simpático grillo
que sus dolores canta, nada parco,
allá en el cieno de su infecto charco.
Y en nuestro corazón también tenemos
fuente de goces mil, celos, perfidia,
el odio pobre de la torpe envidia,
la vanidad, la ingratitude, el llanto
que muchas veces anhelamos tanto.
Sí: vivir es gozar, ¿cómo negarlo?
vivir es caminar cuasi dormido
por una senda oscura,
comer sopa y cocido,
cuando puede comerse por ventura,
acostarse, dormir y despertarse,
y vestirse otra vez, buscar dinero
para echarle garbanzos al puchero,
escribir el que es músico sus notas,
y rascar su laud el que es poeta,
buscando cada cual una peseta
que le falta quizá para unas botas.
¡Cuánto vale el laurel con que las sienes
el celebrado artista se engalana!
¡Cómo desprecia los mundanos bienes
cuando no tiene pan para mañana!
Sí: vivir es gozar. Yo te bendigo,
vida dichosa, que consistes solo en
en comer y beber, andar, dormir,
y hacer lo mismo siempre... hasta morir.

Uno.

MURMULLOS.

En una revista musical de *La Epoca*, dice su autor que la ópera *las Vísperas Sicilianas*, es:
«La capa de un mendigo groseramente remendada,» y además: «Una chanfaina de cocina de convento, en cuya

—¿Quién es aquella mujer? le preguntó un pollo, señalando al palco de la desconocida.
—Eso pregunto yo, dijo Juan.
—Eso preguntan todos, exclamó el pollo y se dirigió á otro lado.
—¿Quién es esa mujer? preguntó Juanito á un amigo suyo.
—Yo no he podido averiguarlo, respondió el preguntado.
—¿Quién es esa mujer? decían unos militares.
—¿Quién es esa mujer? decían unas señoras.
—¿Quién es esa mujer? decían unos empleados.
—¿Quién es esa mujer? decía un abonado á turno diario, que conocía á todas las personas que solían ir al teatro.
—¿Quién es esa mujer? decía un baron que conocía á todas las mujeres de Madrid.
—¿Quién podrá ser esa mujer? decía Juanito dirigiéndose á todos sus conocidos.
—¿Quién será esa mujer? murmuraba Aristides revolviéndose en su butaca como un calenturiento en la enemiga cama.
Y nadie lo sabía.
Entre tanta gente, no hubo una persona que dijera, yo la conozco, se llama Fulana de Tal y vive en tal parte.
Para el público en general esta ignorancia podía ser pasadera, pero para Aristides era un tormento horrible. Porque Aristides sentía al verla lo que no había sentido nunca. Un deseo devorador, un afán inimaginable, una atracción hácia ella, de la cual no se daba cuenta, una conmoción continua de todo su ser, una angustia de moribundo, un gusano que le desgarraba el corazón fibra á fibra.
Adivinaba en los ojos de aquella mujer un asentimiento completo á lo que las miradas de él decían.
Deseaba hablarla aunque solo fuera un minuto para

»revuelta y diabólica salsa aparece de vez en cuando «algun bocadito sabroso que se queda entre los dientes «sin llegar al estómago.» (¡Qué elegancia! ¡Qué estilo!)
Dice también: «que mientras se canta la barcarola del «segundo acto, rebuznan las violas y gruñe el coro;» pero el crítico añade que al oír esto se figuraba estar en una dehesa de la Mancha en el mes de mayo.
Por eso ha estado su pluma tan retozona.
Yo solo creo que las *Vísperas Sicilianas* es una ópera mala y que se ha cantado peor, pero no he oído rebuznar ni gruñir.
¡Verdad es que yo no entiendo... de música!

¿Pues dónde me dejan Vds. al crítico dramático de la misma *Epoca*?

Para elogiar á Breton de los Herreros por su última comedia, dice: «¡Qué no hay asunto!... Tanto mejor: eso «avalora el mérito del ilustre poeta. Dar una buena forma á un buen asunto no es cosa tan difícil; pero hacer «algo de nada, hacer mucho, cómo hace siempre el señor Breton, es solo dado á los que tienen verdadero «genio.»
Si esto no es prestidigitación, no sé lo que es. ¡Ah! sí... ¡es *La Epoca*!

—¿Qué pasa en el teatro del Príncipe, D. Tadeo?
—Una de mil demonios, D. Cucufate.
—Cuenta Vd., hombre, cuenta Vd.
—Pues empiece Vd. á pasarse.
—Con mucho gusto.
—En primer lugar, D. Julian Romea no trabaja.
—¿Por qué?
—Porque está enfermo, y desde el 15 de noviembre que no trabaja cobró hasta último de diciembre 22,500 reales sin trabajar.
—Buen bocado.
—Parece que la empresa le dijo: «D. Julian, yo no he venido á este mundo solo para pagar á Vd. Si Vd. no trabaja, yo no sigo pagando.»
—Está muy bien. ¿Y qué?
—D. Julian se incomodó, porque parece que quiere seguir cobrando.
—Yo haría lo mismo. Eso de cobrar sin trabajar debe ser muy bueno.
—Después se incomodó la Sra. Berrobianco y devolvió los papeles; se incomodó la Sra. Espejo y devolvió los papeles; se incomodó la Sra. Palma y devolvió los papeles; se incomodó la Sra. Diaz y devolvió los papeles. ¡Devolucion general!
—¿Y qué ha hecho la empresa?
—Seguir trabajando sin ellos.
—¿Y ellos?
—Siguen pidiendo el sueldo á la empresa.
—Vaya, muchas gracias, Sr. D. Tadeo.
—Mande Vd., Sr. D. Cucufate.

El astrónomo Castillo tiene un drama que se titula: *Un jugador y un prestamista.*

poderla decir. ¡Te adoro, quíereme tú, porque necesito que me quieras!
Y se veía lejos de aquella mujer. ¡Lejos, muy lejos, á pesar de la corta distancia material que los separaba!
Todo esto pensaba Aristides, y en tanto, las miradas de una y otra parte se encontraban como los fuegos de dos baterías enemigas, y la lucha se animaba, y al entusiasmo sucedía el frenesí, y después una especie de vértigo...
—Juanito volvió á su butaca. Empezaba el tercer acto. Aristides esperaba impaciente á su amigo.
—¿Has averiguado algo?
—Absolutamente nada. Nadie sabe quién es esa mujer.
—¡Nadie!
—Indudablemente es forastera.
—Me mira sin cesar.
—Lo celebro.
—Juan, esa mujer siente algo por mí.
—No te fies.
—Hazme el favor de no contrariarme.
—¡Bueno! No digo nada.
—Observa esa mirada, Juan.
—¿Sabes que se me figura una cosa?
—¿Qué?
—Que no te mira á ti.
Aristides dió un salto en su butaca.
—¿Pues á quién mira? dijo mirando á Juan con rabia.
—¿Qué se yo! La dirección de unos gemelos no es siempre exacta. A veces parece que una persona mira á otra, y mira á la que esta otra tiene al lado, ó delante, ó detrás. El círculo de los cristales de unos gemelos abarca á siete ú ocho personas, sobre todo si los gemelos son grandes. Yo he hecho grandes estudios acerca de esto.
—¿Me estás destrozando el alma, Juan!
—Mis palabras no pasan de ser una observación.
—¿A quien ha de mirar esa mujer si no me mira á mí?
—Voy á ver...

PREPARATIVOS DE FIESTA.

Lo que ELLAS dicen sin que lo entiendan ELLOS.



En casa.

—¿Estoy bien?
 —Sí, hombre.
 —¿Te parece que me puedan conocer con esta carreta?
 —No... los que pudieran conocerte no van al baile.



Al entrar en el baile.

—¿Te vas ya, Juanito?
 —Sí, me aburro.
 —Pues lo siento.
 —¿Por qué?
 —Porque si te vas a casa... (aparte) no encontrarás a tu mujer.

Y Juan miró a su alrededor.
 En la fila de atrás estaba el desconocido raro mirando a la escena. A su lado había señoras. Detrás de él, señoras también. Al lado de Juan había un anciano sin un pelo en la cabeza. Al lado de Aristides una vieja con la cara embadurnada de blanquete. En la fila de delante dos matrimonios bastante feos.
 —No hay duda, chico, a tí es a quien mira, dijo Juan.
 —¡Me vuelves la vida!
 —Mira, una cosa se me ocurre para que salgamos de nuestra duda.
 —¿De qué duda?
 —De la que tengo yo acerca de si eran para tí las miradas de esa mujer.
 —¿A ver?
 —En aquel palco de enfrente están abonados unos amigos míos,
 —¡Ya! Conozco a dos de los que hay allí.
 —Mejor. Vámonos al palco, y si una vez en él, la desconocida continúa mirándote, ya no hay que dudar.
 —¡Tienes razón!
 —Ea, pues, deja que el tenor se desgañite y vámonos.
 —Vamos.
 Los dos jóvenes salieron de sus butacas incomodando a una porción de gente. El espectador del sombrero respiró, como diciendo:—¡Gracias a Dios!
 Aristides le saludó, y recibió por contestación una ligera sonrisa.
 Juanito se detuvo cinco minutos en el salón de descanso para hablar con un amigo.
 —¡Vamos, hombre! le dijo Aristides.
 —¡No seas impaciente! exclamó Juan; vas a verla ahora mismo, de frente, con más comodidad... ¡ay cómo te estás poniendo, muchacho! ¡Empiezo a compadecerte! ¡No seas así, que te va a dar una indigestión de amor incurable! ¡Ea, ya estamos en el palco! Pasa.
 El acomodador abrió, y entraron.

Los amigos les hicieron pasar delante.—¡Ya hemos visto algo! dijeron, y nos alegramos!
 Aristides miró al palco de enfrente... y dió un grito de sorpresa.
 Juan lanzó un terno y abrió un palmo de boca.
 Los amigos parecieron también sumamente asombrados...
 El palco de la desconocida estaba vacío.
 VIII.
 La buscan y no la encuentran.
 Ver que aquella mujer no estaba en el palco, y salir del que acababan de ocupar ellos, fué para Aristides y Juan cuestión de un segundo.
 Los amigos se quedaron riendo a carcajadas.
 —¡Corre! gritaba Aristides, bajando las escaleras cuatro a cuatro. ¡Corre, Juan! ¡Aun podemos alcanzarla!
 Y en un instante llegaron al vestíbulo.
 No vieron a nadie. En la plaza de Oriente había sesenta ó setenta coches, como de costumbre, esperando el final de la función para arrimarse a la puerta principal.
 —¿Se habrá ido a pié? dijo Juan.
 —¡Puede ser!
 —¡Eh! ¡Cochero! ¿Ha salido algun coche de aquí ahora mismo?
 Un cochero respondió:
 —Sí, señorito, ahora mismo ha salido uno.
 —¿Quién iba en él?
 —Una señora sola.
 —¡Ella era! gritó Aristides. ¿Qué dirección lleva?
 —Calle del Arenal.
 Los dos amigos echaron a correr como si estuvieran locos, pero nada vieron de lo que deseaban. Oyeron el ruido de varios coches que caminaban en distintas direc-

ciones, pero ¿cómo era posible averiguar cuál era el que conducía a aquella mujer, y seguir al mismo paso que cualquiera de ellos?
 —¡Esto es horrible! decía Aristides, y tú tienes la culpa!
 —¿Quién había de pensar...
 —Por otra parte, me choca tanto esa salida inesperada...
 —Puede haber sucedido una cosa.
 —¿Qué?
 —¡Que... cá! no, nada, no me lo esplico.
 —Pero... precisamente cuando nos vió salir a nosotros...
 —Eso es lo único que encuentro un poco raro. Chico, nos queria seguir. ¿Si nos hará el amor? ¡Já! ¡já! ¡já! ¡já!
 —Nada importa que haya sucedido eso, Juan; lo importante es que no soy indiferente a esa mujer, ¡que la amo como un loco!
 —¡Me temo graves cosas, Aristides!
 —¡La amo!
 —¡Pues a ella! Salga el sol por Antequera. ¿Dónde vamos ahora?
 —Yo voy a casa.
 —¡Es muy temprano!
 —La una menos cinco.
 —¡Ya vé! Yo no me retiro tan pronto. Voy a volver al teatro para ver salir a las mujeres. Despues iré un rato a cualquier parte y acudiré a casa a las dos y media. ¿Me esperarás, ó piensas acostarte?
 —¡No pienso dormir esta noche! Esa mujer me ha desvelado.
 —Aristides, no hagas el oso.
 —¡Déjame en paz!
 —¡Es que me das lastima!

Eusebio Blasco.

(Continuará.)

La acción pasa antes del diluvio, y si no estoy mal informado, en el Paraíso.

—No puede ser, ha dicho un sabio arqueólogo; en aquel tiempo no se jugaba.

—¿Pues qué se hacía?

—Se jugueteaba nada más.

Leo en un periódico, que se ha mandado publicar el cuadro de los caballos sementales que el año pasado prestaron importantes servicios.

—Eso será para estímulo de las animalitos.

—No señor, es para despertar la emulación en los ganaderos; así al menos lo asegura el periódico.

En el teatro de Jovellanos va a ponerse en escena, según indica *La Correspondencia*, un arreglo de la *Maison neuve*, última obra de Mr. Sardou, aplaudida y silbada con gran éxito en París.

También en esta comedia se muere un amante en la habitación de una señora casada.

Un paso más... y el teatro representa un cementerio... adúlterino.

Los jueves costará una peseta entrar en la Exposición de pinturas, y este día será el que elijan las personas de buen tono para visitar las artes.

—Con cuyo motivo habrá dos exposiciones, ha dicho un escamado, admirador de las bellas.

—¿Cuáles?

—La de pintura y la de enamorarse de una dama elegante.

Lo más expuesto en este caso... son los maridos.

El Sr. Ortiz de Pinedo, según nos cuenta *La Política*, está escribiendo una novela que se titula *Los Mal-dicentes*.

¿Tendrá que leer... sobre todo si tarda mucho en escribirla!

Según una estadística que ha llegado a mis manos, hay en el mundo 50 millones de solteros y 61 de solteras.

—¿Por qué será esto? preguntaba muy irritada una jamona que no conoce el tálamo todavía.

—Para que el hombre tenga donde escoger, le contestó un solteron recalcitrante.

—¿Doña Leocadia!

—¿Qué me quiere Vd., D. Dimas?

—¿Sabe Vd. que le van a quitar el cuarto a los carteros?

—¡Pobrecitos! se van a helar de frío por las noches... ¡Qué inhumanidad!

¡Haga Vd. reformas para ciertas gentes!

Wagner, el célebre compositor alemán a quien se debe la música del porvenir, ha concluido una ópera que se titula *el Huracán*.

Hé aquí una obra en la que puede muy bien el público hacer el papel de protagonista.

—¿Cómo?

—Silbando.

Bias Pérez.

LA GORRISTA.

Cancion.

Al rayar la mañana
salgo a la calle,
modista soy de gorros
chicos y grandes.
Nací en Bayona,
y bien lo dice el garbo
de mi persona.

Antes de un año con mis ahorros
pondré una tienda,
el que surtirse quiera de gorros
que me pretenda.
Porque en el día
tener gorros a mano
es una viña.

Nunca vuelvo a mi casa
sin mi conquista,
mas para amar de gorra
no soy gorrista.

Porque no quiero
antes de vender gorro
comprar sombrero.
La de Pandora llevo en mi caja;
¿quién verlo anhela?...
verá lo fino que se trabaja
sobrando tela.

¿Quién quiere gorros?
yo los hago, los vendo
¡y hasta los pongo!

M. del Palacio.

CABOS SUELTOS.

Está en estudio, y uno de estos días se pondrá en escena en Jovellanos, el drama godo del Sr. Retes, titulado *Doble corona*.

Tenga usted calma, vecina,
y no me toque en el codo,
que allá iremos de bolina,
por ver en traje de godo
a Manolo Catalina.

Alrededor de la Exposición de París se están levantando casas chinas, rusas y de otros países.

Estoy por llevar allí la mia, que de seguro sería la única en su género.

Ya se ha descubierto de dónde han de salir los actores para llenar los sensibles vacíos que la muerte va dejando en la escena española.

Saldrán de la academia del Sr. Cippo, según allí mismo se asegura.

—De una academia... y de Cippo...

—¿Quiere usted más, ó me tapó?

Tres cosas que no se han descubierto todavía:

La cuadratura del círculo, la dirección de los globos aerostáticos, y la igualdad *ante la mesa*.

El torrente de sangre vertido por los suscritores de *La Regeneración* sigue encharcando los campos del periodismo.

Ayer mismo le dice uno de Cascueña que como cristiano católico apostólico romano, está dispuesto, si necesario fuera, a perder hasta la última gota de su sangre.

Si el torrente viene aprisa
y tú ¡oh Dios! no lo remedias,
va a subir desde las medias
al cuello de la camisa.

Acostumbrado el actor cómico Mariano Fernández a meter *morcillas* en sus papeles, puso el otro día una en *La Correspondencia*, que le ha valido una juiciosa y enérgica contestación del empresario Sr. Rozabal.

Está visto que un gracioso no puede hacerse aplaudir en ningún papel serio.

El Sr. D. José Arias ha publicado una tanda de walses que no deja de tener mérito.

Al frente figura tocando el violín una caricatura de Zorrilla, que más bien parece la caricatura de Napoleón.

Ya saben Vds. que acaba de morir en Francia el célebre pintor Ingres.

Hé aquí la corta, pero significativa carta que con este triste motivo ha dirigido a su viuda el emperador Napoleón:

«Señora:

He tomado una gran parte en vuestro dolor, al cual se asocian la emperatriz y la Francia entera.

Recibid con el pésame la seguridad de mis sentimientos.

NAPOLEON.»

Al suscriptor de Cádiz que nos remite un soneto, cuyos dos primeros versos dicen:

Pleito sobre qué luz es la más clara
han puesto al sol los ojos de Dorisa;

debemos advertir que sentimos mucho no poderlo insertar; pues aunque se anuncia como imitación de los de Palacio, se diferencia de los de éste en que no se puede publicar.

Nadie como el famoso empresario americano Barnum conocía el arte de hacer fortuna.

Hé aquí, en resumen, a lo que él reducía su ciencia: «Mucho reclamo cuando se quiera vender, y servir bien al público. Anuncio y probidad.»

Ayer saliste a la calle
y te nevó en la cabeza;
es decir, que ayer llevabas
nieve por dentro y por fuera.

Dicen que tienes postizos
dientes, cabello y color,
lo solo que tienes tuyo
es lo malo, el corazón.

Más de doscientas personas que patinaban en el lago de Hyde-Park, en Londres, se han ido a fondo, ahogándose lo menos cuarenta.

Es necesario convencerse; no se debe patinar más que en el Manzanares. Aquí todo el mal que a uno puede ocurrirle es cortarse los tobillos con el hielo.

Hallándose enfermo el Sr. Balart se ha encargado hoy de la *Revista de Teatros* el Sr. Palacio, temiendo que las obras estrenadas durasen menos que la enfermedad de nuestro amigo.

Apólogo occidental.

En una noche fría y lluviosa pasa un usurero por la Puerta del Sol, a tiempo que un pobre le alarga la mano pidiendo limosna por amor de Dios.

El usurero mete la mano en el bolsillo del chaleco, saca dos cuartos y va a colocarlos en la mano del pobre. De pronto se detiene y hace estas reflexiones:

—Vamos a ver: este hombre a quien voy a socorrer, ó es un tunante ó es un pobre. No hay remedio. Pues bien: si es un tunante, al darle limosna no hago más que empujarle por la senda del vicio; y si es verdaderamente pobre, con mis dos cuartos no dejaré de serlo.

Y el usurero se volvió a meter los dos cuartos en el bolsillo, mientras la noche seguía fría y lluviosa, y el pobre, mojado hasta los tuétanos, continuaba pidiendo limosna por amor de Dios.

La Exposición de Bellas Artes sigue tan afortunada como era de esperar.

La nieve ha entrado por los lados de la cubierta y ha causado una alarma muy decente.

Ya se vé, la cubierta estaba construida contando con que la nieve y la lluvia caerían perpendicularmente.

La naturaleza, torciendo sus líneas naturales, causa más de un desaire a nuestros arquitectos.

Debo recordar a Vds. que el arquitecto, autor de esta obra, es el Sr. Jareño.

Ya que *La Correspondencia* no le nombra, le nombraré yo.

Hemos recibido el cuaderno 6.º del *Diccionario Doméstico*. En él hemos leído una curiosísima reseña de los baños, tanto naturales como minerales, que será sin duda muy útil a todas las familias.

Hablar a una mujer de sí mismo, es escribir un prólogo que puede obligarla a cerrar el libro; hablarle de ella, es entrar desde luego en materia é interesarla en la novela.

PASATIEMPO.

Solucion al Geroglífico del número anterior:—*A la corta ó a la larga, todos entregamos la piel.*

CHARADA.

Prima repetida ocupa

un alto puesto en el mundo,

y si a la segunda se une

cosa es que merecen muchos.

Cuarta con primera llaman

a un noble de antiguo cuño,

que a una casa da su nombre

que vale bastantes duros.

Sin tercia el ilustre Verdi

no compusiera el *Nabuco*,

ni sin cuarta fuera rica

la patria del gran Confucio.

El todo, lector amigo,

es un líquido algo oscuro,

que a los más los pone alegres

y a los menos taciturnos.

(La solución en el próximo número.)

ANUNCIOS.

VERDADEROS BOLOS ANTIGASTRÁLGICOS.—CURAN infaliblemente todas las enfermedades del estómago que no procedan de una lesión orgánica en la viscera.

Se venden en la botica de Giron, calle del Leon, núm. 13, y Lope de Vega, 4.—(12—40.)

BÁLSAMO ANTIREUMÁTICO DE SURINAM.—Único remedio seguro de los conocidos hasta el día, para la curación radical del reuma agudo ó crónico, articular ó muscular.

Se vende en la botica de Giron, calle del Leon, núm. 13, y Lope de Vega, 4.—(12—40.)

PÍLDORAS DEPURATIVAS LAXANTES.—EN POCO TIEMPO nuestras píldoras son apreciadas en España y Ultramar, como lo acreditan los testimonios que diariamente recibimos. Con su uso desaparecen las jaquecas, los dolores de cabeza, las afecciones del corazón, la clorosis, las malas digestiones, la bilis, obstrucciones, las lombrices, las flemas, los humores, etc. Dan apetito y vigor. Hortaliza, 9.—(6—4.)

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1867.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.